

LA CODERA. I EDAD DEL HIERRO EN EL VALLE DEL CINCA (HUESCA)

Félix J. Montón Broto

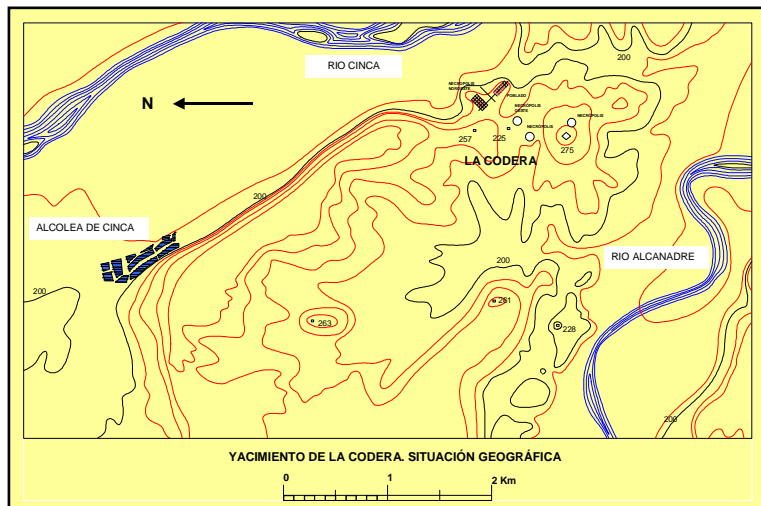
El Valle del Cinca se encuentra situado en el extremo oriental de la provincia de Huesca en el límite con Cataluña y forma una unidad geográfica indisoluble con el cercano curso del río Segre uniéndose ambos a pocos kilómetros de su desembocadura en el Ebro a unos 100 km. del Mediterráneo. Esta zona, de clima seco y árido, tiene en las inmediaciones de los cursos de los ríos un gran potencial agrícola que constituye la principal fuente de riqueza en



la actualidad.

Sin embargo, en la Antigüedad su principal potencial lo constituyó la existencia de esos cursos fluviales que sirvieron como vía de comunicación e intercambio a lo largo de siglos. Es en torno a los ríos donde se establecen los principales asentamientos desde la Prehistoria hasta épocas muy recientes. Frente al hábitat en

cuevas y abrigos de las cercanas sierras prepirenáicas durante el Paleolítico y Neolítico, a lo largo de la Edad del Bronce se incrementa notablemente la colonización de las tierras más bajas que continuará ininterrumpidamente en época ibérica y romana. Dada su relativa proximidad al mar y aprovechando como hemos dicho la navegabilidad del Ebro y sus afluentes, las influencias de las civilizaciones mediterráneas se dejarán notar constatándose la presencia de producciones cerámicas



fenicias y griegas aunque en pequeñas cantidades.

A unos 3 kilómetros al sur de la población de Alcolea de Cinca, este río se aproxima a su afluente el Alcanadre del que dista escasos dos mil metros en un punto situado a unos 5 kilómetros del encuentro de ambos cursos. En este punto la terraza que separa ambos cauces se convierte en una excelente plataforma desde la cual se domina un amplio espacio que alcanza desde las cumbres de la cordillera pirenaica hasta prácticamente el encuentro entre el Segre, el Cinca y el Ebro. De este modo es fácil comprender la importancia estratégica del lugar y su situación privilegiada en cuanto a la susceptibilidad de recibir influencias e intercambios. De hecho está probada la ocupación del lugar de forma continua, al menos desde la Edad del Bronce hasta hoy, a través de la Edad del Hierro, las épocas ibérica y romana y el medievo.

Contexto.

La Codera, topónimo de la partida que da nombre al yacimiento, es en realidad un conjunto de restos arqueológicos que contiene en un espacio de un kilómetro escaso de radio un poblado de la Edad del Bronce con su correspondiente necrópolis, un poblado de la Edad del Hierro y dos necrópolis asociadas a él, un poblado ibérico, una necrópolis de época incierta y restos de poblamiento protohistórico dispersos en curso de estudio. En las inmediaciones, a escasos kilómetros, quedan como restos destacables bien conocidos el poblado ibérico del Pilaret de Santa Quiteria y la villa Fortunatus de época romana, en Fraga, el mausoleo romano de Velilla de Cinca y la fortificación islámica de Zafranales, también en Fraga, la Ermita de Nuestra Señora de Chalamera y el monasterio de Villanueva de Sigena. Todos estos lugares se encuadran en una encrucijada de comunicaciones entre el Pirineo y sus sierras meridionales, la Hoya de Huesca, los somontanos oscenses y el valle del Ebro.



El objeto de estas líneas lo constituye el poblamiento de la Edad del Hierro atestiguado por un poblado y dos necrópolis en los que se han efectuado excavaciones sistemáticas desde 1997 dentro de los planes de investigación del Museo de Huesca y con el apoyo económico del Gobierno de Aragón, la UNED de Barbastro, la empresa EUROPAC y el Ayuntamiento de Alcolea de Cinca. Así pues en el cuadro antes descrito, en torno a los 220 m. de altitud sobre el nivel del mar y a unos 30 por encima del cauce del Cinca, nos encontramos con los restos de un hábitat fortificado y a escasa distancia dos necrópolis correspondientes a la misma época.

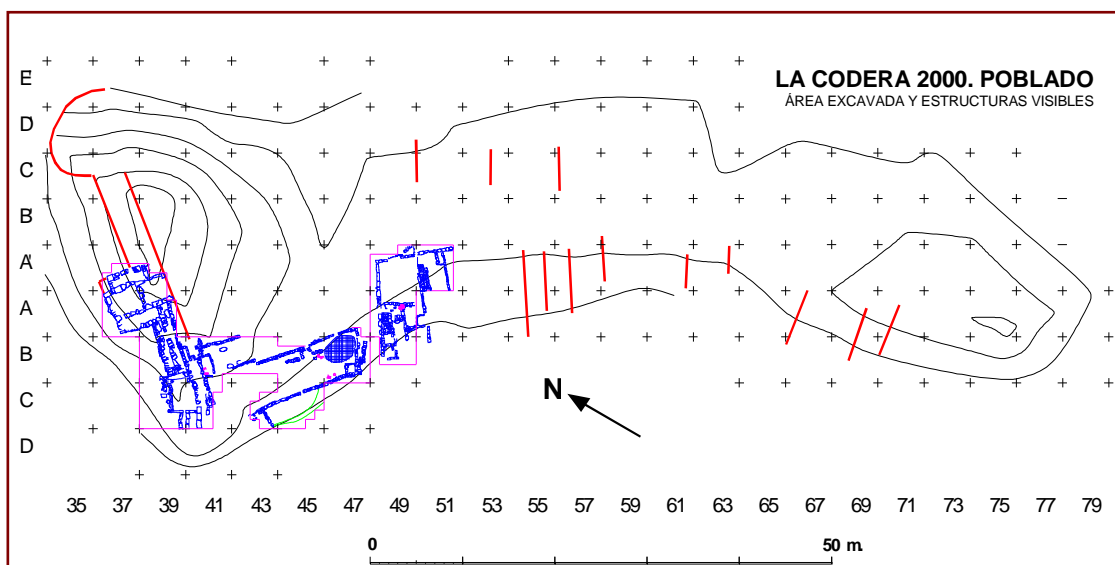
El poblado.

Se encuentra situado en el extremo de la terraza que mira al sur y está defendido naturalmente por una acusada pendiente de más de veinte metros de altura en todo su contorno salvo en la parte norte que lo une a la citada terraza y desde donde se accede por terreno llano. Su forma es

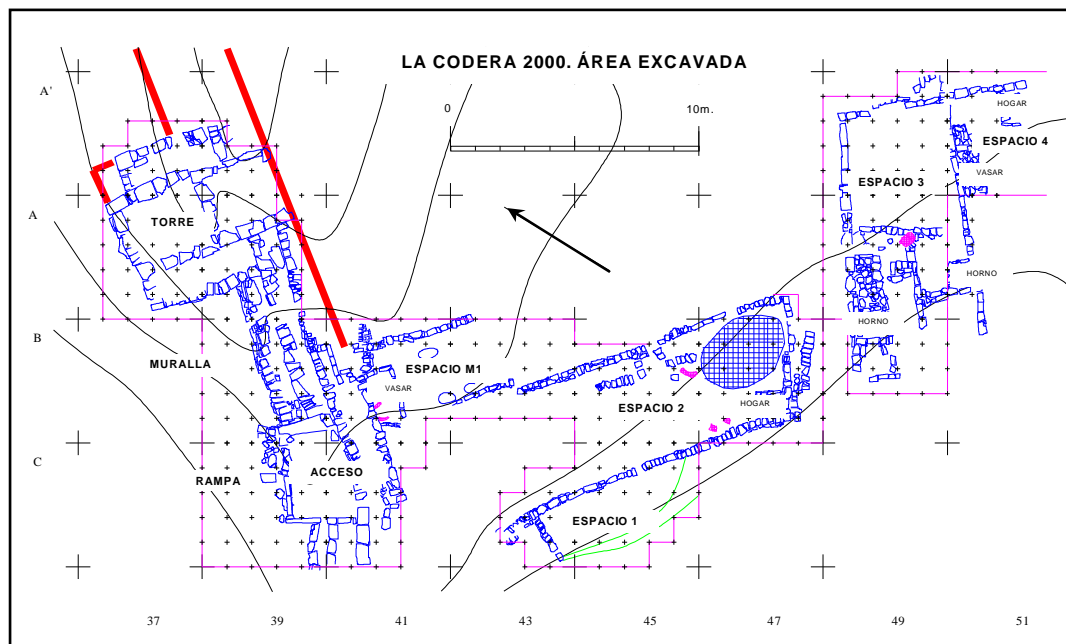


alargada adaptándose al terreno y en su parte vulnerable está defendido por una muralla de unos cincuenta metros de largo. Tiene una longitud de unos 100 metros y está provisto de una calle central a la que se abren las viviendas dispuestas perimetralmente. Ocupa actualmente una extensión de unos 3.500 m², aunque se ha perdido parte de las estructuras urbanas por efecto de la erosión, muy acusada en su lado suroeste. Pueden calcularse de modo aproximado unos 45 espacios de ocupación y estimarse una población de unos 150 a 200 habitantes.

La muralla constituye sin ninguna duda el resto más importante y también mejor conservado de todo el conjunto. Como hemos dicho cierra el único lado accesible a lo largo de 50 metros adaptándose a una suave elevación del terreno natural y está construida en tres fases. Primero se levantó un muro de 180 cm. de anchura constituido por un doble paramento relleno de tierra y pequeñas piedras; luego se añadieron en su cara externa dos muros más a un metro de distancia cada uno con lo que la anchura definitiva de la muralla se aproxima a los cinco metros. Esta defensa descrita es suficientemente importante como para proteger el asentamiento de cualquier posible amenaza, si tenemos en cuenta que estamos hablando de una época, finales del s. VI a.C., en la que ni las técnicas de guerra, ni los ejércitos



propriadamente dichos habían hecho su aparición en la región y en la que los enfrentamientos entre comunidades rivales no pasarían de ser simples escaramuzas con armamento muy



rudimentario.

Sin embargo, todavía se añadieron más defensas al poblado. Efectivamente, por si fuera poco, la muralla cambia de dirección en su extremo suroeste formando un ángulo de 150° justo en el punto donde se sitúa el acceso al recinto, facilitando de este modo su defensa. Además, una torre cuadrada en el centro y dos torres semicirculares en los extremos, debían proporcionar un formidable aspecto de fortaleza inexpugnable al conjunto. La torre cuadrada, con una anchura de siete metros, avanza cinco metros de la cara externa de la muralla y está formada por un núcleo relleno de tierra y un muro que lo rodea y que encaja en el paramento exterior, formando un conjunto muy sólido. El aparejo utilizado, tanto en el interior como en el exterior, está formado por grandes sillares, la mayoría perfectamente escuadrados. Las torres circulares, de las que se conserva la del extremo oriental y el arranque de la occidental, están construidas con piedras de menor tamaño formando un doble muro relleno de tierra. El acceso al recinto se efectuaba a través de una rampa que franqueaba la muralla situada entre la torre cuadrada y la torre occidental.

En el interior del poblado la investigación se ha centrado hasta ahora en las



estructuras próximas a la muralla habiéndose identificado por el momento seis espacios que corresponden a zonas de trabajo y de habitación. Algunos de ellos se han perdido en parte debido a la erosión que afecta especialmente al lado occidental del poblado. Todos presentan una planta rectangular alargada y están formados por distintos aparejos, siempre de pequeño tamaño, utilizando piedras más o menos escuadradas. La diversidad de materiales empleados hacen pensar en diferentes fases constructivas o refacciones que de momento no es posible precisar.



El llamado espacio 3 es el más interesante descubierto hasta ahora. Se trata de un recinto de planta ligeramente trapezoidal de 11 por 5 metros con una distribución compleja formada por un área posiblemente descubierta que ocupa la mitad de la superficie aproximadamente y dos compartimentos gemelos que ocupan la otra mitad. Éstos van provistos cada uno de un horno de los que sólo se conserva la planta y la boca, habiéndose perdido la solera y la bóveda de ambos. El compartimento norte está además acondicionado con un enlosado adosado al horno, presumiblemente para preservar de la humedad cualquier producto que se almacenara en su superficie. La presencia de numerosos molinos de vaivén, unos in situ y otros en el contexto, hacen plausible la hipótesis de que este recinto pudo ser un lugar destinado a la manipulación de cereales o a la preparación de alimentos derivados de ellos.

Adosada a la muralla ha aparecido una habitación con abundancia de material



arqueológico. Se trata de un espacio alargado de 3 metros de anchura por más de diez de largo en el que se conserva un vasar y al menos 3 hogares. Presenta la particularidad de estar apoyado en el vano de acceso al poblado, lo que hace pensar en un espacio amortizado en el momento de ampliar la muralla y acondicionar el acceso hoy visible. Refuerza esta hipótesis el hecho de que sus muros presenten diferencias de aparejo y de trazado, así como discontinuidades



en la trabazón de los sillares que lo forman. Sin embargo no se ha constatado estratigráficamente por ahora la existencia de varios momentos de ocupación.

Las necrópolis.

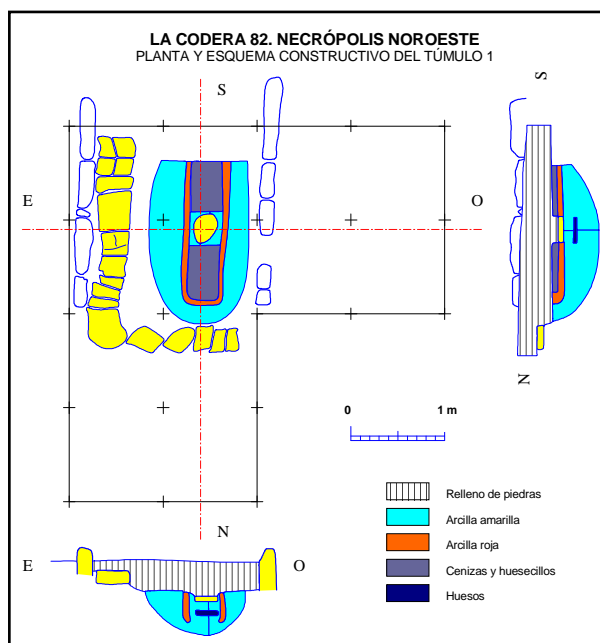
Al noroeste del poblado y en el llano que se extiende delante de la muralla se encuentra la que hemos llamado necrópolis noroeste, a unos doscientos metros de distancia. Ocupa una superficie de unos 5.000 m² y su perímetro viene marcado por la fuerte erosión que sobre todo en el lado norte ha borrado los límites originales. De este modo, en la acusada pendiente del barranco son visibles los restos descarnados y desplazados de algunos túmulos así como los restos de su contenido, huesecillos quemados y esquilas de bronce.

Los túmulos conservados suman varias docenas aunque es difícil precisar el número total de los construidos por la circunstancia antes descrita. La mayoría son de planta



rectangular, pero hay algunos ejemplares de planta circular. Éstos van provistos de una pequeña cista situada en posición central, desgraciadamente violada y vaciada en todos casos constatados. Sin embargo la supervivencia de la mayoría de túmulos rectangulares permite su estudio de forma sistemática, con unos resultados sumamente interesantes.

En efecto, aunque el número de túmulos excavados hasta ahora es pequeño es posible reconstruir el ritual seguido en el proceso de las ceremonias fúnebres. Las fases observadas son las siguientes: Tras la elección del lugar de



enterramiento, se delimitaba el espacio tumular con grandes lajas colocadas verticalmente y se excavaba una fosa en su interior. A continuación se rellenaba parte de la fosa con una capa de tierra roja y otra encima de tierra amarilla. Una segunda capa de tierra roja sobre la amarilla delimitaba finalmente el pequeño espacio del loculus. En él se depositaban seguidamente los restos de la incineración, previamente realizada en otro lugar, y una pequeña laja tapaba el

loculus. Ocasionalmente se esparcía una pequeña cantidad de cenizas y huesos sobre la laja. Finalmente se procedía a cubrir todo con piedras de pequeño tamaño hasta rellenar el espacio delimitado por el túmulo.

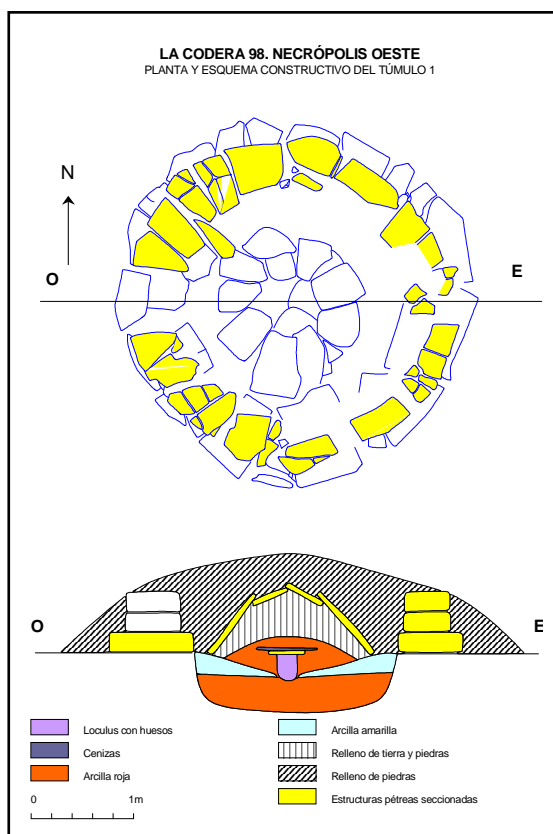
De los once túmulos estudiados, diez tienen una orientación este-oeste y sólo uno se orienta de norte a sur. Cinco de ellos van provistos de una banqueta interior



adosada a uno de los lados y solo dos carecían de restos humanos. El ajuar es sumamente pobre en los casos en que está presente. Únicamente cuatro túmulos contenían restos materiales siendo las cuentas de collar de bronce los más abundantes. También se han recuperado dos cuchillos de hierro, botones de bronce y una fíbula de bucle en estado muy fragmentario.

A unos 500 metros en dirección oeste se encuentra la segunda necrópolis a la que hemos llamado necrópolis oeste para diferenciarla de la anterior. No obstante, la escasa distancia entre ellas y el hecho de que el espacio que las separa haya sido roturado en otros tiempos, podría haber eliminado restos de otras estructuras tumulares existentes con lo que nuestras dos necrópolis bien pudieran ser dos partes de una misma. Sólo un estudio más detallado y la precisión de la cronología podrá revelar la incógnita.

Este segundo conjunto tumular ocupa unos trescientos m² y su contorno viene delimitado por un rebaje del terreno ocasionado por las labores agrícolas que han borrado cualquier vestigio de estructuras preexistentes. Se trata pues de un pequeño testigo en medio de un terreno estéril. Se conserva un número indeterminado de túmulos rondando los doce o quince, de los que se han excavado 6. Uno de ellos es de planta circular y los otros rectangulares. Lo más notable es que las estructuras se disponen de una forma regular, perfectamente alineados, siguiendo un plan



previo y dejando espacios de circulación entre ellas. Igualmente están colocados siguiendo una cuidadosa orientación este-oeste.

Aunque a primera vista no existen diferencias entre los túmulos de esta necrópolis y los de la anteriormente mencionada, la excavación ha puesto de manifiesto algunas variantes en el ritual funerario y en la construcción de las estructuras. La primera de ellas la pudimos observar al excavar el túmulo circular, señalado con el nº 1. En efecto, tras seguir los primeros pasos de elección del lugar y construcción del anillo externo, se procedió a depositar sucesivamente una capa de arcilla roja, otra amarilla y otra roja, delimitando ésta última el espacio del pequeño locus. Una laja, algunos huesecillos y más arcilla roja completan la deposición de los restos del difunto. A continuación un pequeño montón de piedras y tierra cubre la capa de arcilla roja y se construye una estructura a modo de cámara con lajas de mediano tamaño que lo protege todo. La erección del monumento concluye con un relleno final de piedras formando el túmulo propiamente dicho. La diferencia fundamental respecto a los túmulos circulares de la necrópolis noroeste radica en la inexistencia de cista. Otras diferencias no pueden atestigüarse de momento debido a la violación de las cistas y a la falta de excavación de estos túmulos de la necrópolis noroeste.

Por lo que respecta a los túmulos rectangulares la principal diferencia es que, si bien se sigue idéntico rito en el proceso de deposición de las cenizas, carecen de banquetea y la última fase consistió en el acondicionamiento de un enlosado en lugar del relleno de piedras. También se ha comprobado que el lugar central donde está el locus, viene marcado por pequeñas lajas inclinadas hacia el centro y dispuestas circularmente, aunque sin llegar a formar una cámara como la antes descrita. Del mismo modo estos túmulos rectangulares van provistos de estelas formadas por piedras clavadas verticalmente que señalan los extremos, el centro de los lados o el centro de la estructura.

También hay que señalar que en ninguna de las estructuras excavadas en esta necrópolis se ha recuperado el más mínimo resto de ajuar, ni cerámico, ni metálico. Esta circunstancia aconseja de momento no establecer ninguna relación cronológica o cultural entre las dos necrópolis.

Restos materiales y cronología.

La mayoría de los materiales arqueológicos recuperados de hallan en proceso de restauración y de momento no es mucho lo que puede decirse de ellos. Sólo el interés excepcional de las estructuras constructivas ha motivado la publicación del presente artículo antes de que pueda completarse con las conclusiones de un estudio de los restos muebles descubiertos.

Las cerámicas corresponden a tipos ya conocidos en el contexto de la I



Edad del Hierro, todas realizadas a mano sin que se haya documentado la existencia de un solo fragmento de cerámica fabricada a torno. Se trata de vasijas de perfiles globulares, pies anulares y bordes biselados o bien de recipientes abiertos en forma de platos o escudillas y tapaderas planas. La decoración es de cordones aplicados, acanalados y triángulos incisos. Entre los objetos metálicos destaca la fíbula de bucle mencionada, así como los botones, cuentas de collar y punzones de bronce. También el cuchillo de hierro procedente de la necrópolis noroeste y otros recuperados en el poblado.



Este conjunto de materiales encaja bien en el entorno cultural correspondiente a finales de la I Edad del Hierro en el ámbito de los denominados Campos de Urnas



finales. Si bien algunas decoraciones, en especial los acanalados, hacen pensar en fechas más tempranas, los perfiles suaves y sobre todo la fíbula de bucle nos llevan a fechar el conjunto hacia finales del S.VI a.C. La complejidad de la muralla y el uso de grandes sillares bien escuadrados nos harían pensar en épocas más recientes acercándonos al mundo ibérico o al menos a influencias mediterráneas llegadas hasta este punto alejado de la costa. No obstante dos dataciones radiocarbónicas nos han confirmado la primera impresión proporcionando las fechas GrN-26052 = 2480 \pm 35BP y GrN-26053 = 2570 \pm 60BP, con lo que el último cuarto del siglo VI a.C. parece ser la cronología aplicable al poblado y la necrópolis noroeste. La precisión cronológica de la necrópolis oeste deberá esperar nuevos resultados.

Conclusiones.

A pesar de que las investigaciones son todavía incipientes y los datos obtenidos escasos se pueden sin embargo plantear algunas consideraciones que pongan de relieve la importancia de los restos estudiados tratando de concederles el justo valor que tienen.

En el panorama de la protohistoria aragonesa son relativamente bien conocidos los poblados correspondientes a la Edad del Bronce y especialmente en el entorno de La Codera contamos con varios yacimientos excavados y estudiados como los poblados de Cova de Punta Farisa, Zafranales, Tozal de Macarullo y Masada de Ratón, que documentan los periodos del Bronce Medio y Tardío en el Valle del Cinca, con cronologías que van desde finales del s. XV hasta finales del s. IX. Sin embargo la transición entre el Bronce Final II y el mundo ibérico, esto es el período conocido como Campo de Urnas Tardíos o del Hierro, presenta un vacío inquietante, que tiende a soslayarse o a rellenarse con generalidades o extrapolaciones de otras áreas más o menos lejanas.

Es en este punto donde el poblado y las necrópolis de La Codera pueden venir a arrojar las primeras luces sobre esta etapa de la protohistoria. Al interés del conocimiento del poblado y su urbanismo se añade la existencia de las necrópolis pudiéndose establecer una relación entre el mundo de los vivos y el de los muertos, además del estudio antropológico que permitirá el análisis de los restos recuperados en las necrópolis.

Un valor añadido lo representa la muralla, que ofrece una complejidad cuyo estudio hace previsible unos resultados que de momento no es posible adivinar. Efectivamente se trata de un testimonio que no tiene paralelo conocido en Aragón, en la época a la que pertenece. La referencia más próxima debemos buscarla en la fortaleza de Els Vilars, en Arbeca (Lérida), cuya fase II se aproxima cronológicamente a La Codera. No obstante hay grandes diferencias en los materiales utilizados en ambas fortificaciones y sobre todo en el urbanismo interior de los poblados, por lo que no es posible establecer paralelismos.

Por último hay que señalar que la presencia en las inmediaciones de los restos en curso de estudio de un poblado del Bronce Medio o Final y otro ibérico, además de restos de ocupación romana, proporcionan un amplio abanico cronológico que ofrece enormes posibilidades para conocer el poblamiento de la zona de forma casi continua a través de muchos siglos.

Bibliografía.

- Domínguez, A., Magallón, M^a A. y Casado, P. (1984) Carta Arqueológica de Huesca, Huesca, p. 79.
- Garcés, I., Junyent, E. (1989a): Fortificación y defensa en la I Edad del Hierro. Piedras hincadas en Els Vilars, *Revista de Arqueología*, 93, Madrid, pp. 38-49.
- Maya, J.L. (1981: La Edad del Bronce y la Primera Edad del Hierro en la provincia de Huesca, *I Reunión de Prehistoria Aragonesa*, Huesca, pp. 129 - 161.
- Montón, F.J. (1992): Las Edades del Bronce y Hierro, en "Fraga en la Antigüedad", vv. aa., Zaragoza, pp. 87-132, fig. 16.
- Montón, F.J. (1998): Un poblado de la Edad del Hierro en Huesca, *Revista de Arqueología* 208, Madrid, p. 60.
- Montón, F.J.: La Codera. Hábitat y necrópolis de la I Edad del Hierro, *XXVI Congreso Nacional de Arqueología*, Zaragoza 2001, Zaragoza, (en prensa).